

PALABRAS QUE MATAN

CLAUDE MONIQUET. Presidente del Centro Europeo de Inteligencia y Seguridad

Todos los observadores coinciden en señalar que los atentados que han golpeado Londres este 7 de julio no son una sorpresa. Nosotros mismos, en varios análisis colgados recientemente en nuestro sitio de internet, habíamos situado a Gran Bretaña en primera línea de los países europeos objetivo del terrorismo islámico. Los propios británicos no ignoraban la realidad de la amenaza. Desde hace tiempo, los responsables de sus servicios de seguridad declaraban que el problema no era saber «si» su país resultaría afectado, sino más bien «cuándo» y «dónde». Y sin embargo, incluso si las cosas comenzaron a cambiar un poco tras el 11-S, Londres —a la que se empezaba a llamar irónicamente «Londónistán»— seguía siendo la capital mundial del islamismo militante e incluso armado.

Fue en Londres donde decenas de organizaciones islamistas (algunas de las cuales están incluso prohibidas en

países tan poco sospechosos de islamofobia como Arabia Saudí) encontraron refugio. En nombre de la sacrosanta libertad de expresión, el gobierno dejaba vivir y prosperar a estos movimientos. Mezquitas como la de Finsbury Park se convertían en centros de reclutamiento mundial de todo lo que el planeta consideraba lo más extremista del movimiento islamista. Todo complot terrorista de cierta envergadura tenía, inevitablemente, en un momento u otro, ramificaciones en Londres. Ha sido en esta ciudad donde los islamistas pergeñaban y organizaban su propaganda, donde encontraban una parte de su financiación, donde reclutaban, donde organizaban sus atentados y amudaban sus relaciones internacionales, en el entorno del insoslayable Abu Qutada, representante casi oficial de Osama bin Laden y de Al Qaida en Europa.

En ciertas mezquitas, Abu Qutada y otros, como el jeque Omar al-Bakri,

predicaban abiertamente el yihad, el derribo de las instituciones democráticas, comprendidas las inglesas, y el asesinato «de cristianos y judíos». Sin que la Justicia británica se dejara oír, siendo la libertad de expresión un valor absoluto.

Sin cuestionar las libertades ciudadanas, se puede también pensar que hay un trecho entre la libertad de palabra y de culto y la incitación al asesinato. La llamada al homicidio o a la guerra, llamar a la subversión de las instituciones democráticas y a su aniquilación, incitar al odio religioso, aplaudir las matanzas de civiles inocentes —incluidos mujeres y niños— no es expresar una opinión, es cometer un delito. La Justicia británica habría hecho bien en recordarlo. Porque, a fin de cuentas, lo que la tolerancia londinense ha cosechado ha sido muerte y desolación.

Desde hace años, la Justicia rechazaba por ejemplo extraditar a Rachid Ramda, considerado por Francia como financiador y organizador de los atentados de París en el verano de 1995. Por un cruel guño del destino, he aquí a Londres ahora pidiendo a sus aliados ayuda para atrapar a Mohamed Garbuzi, un marroquí que se ha beneficia-

do durante casi veinte años del estatus de refugiado político en suelo británico. Está considerado como uno de los principales jefes del GICM marroquí y como uno de los cerebros de los atentados de Casablanca y Madrid. Rabat había reclamado por ello su extradición. En vano. Esté o no Garbuzi implicado en la tragedia del pasado jueves, hay una cosa cierta: los atentados no habrían podido ser realizados sin la asistencia de elementos que hayan vivido mucho tiempo en Gran Bretaña.

En privado, la Policía criticaba a los jueces pero explicaba que su actitud tenía una consecuencia positiva: permitía observar a los extremistas, escucharles, seguirles y así obtener información útil. Ahora sabemos, desdichadamente, lo que vale este argumento: toda la información recogida no ha permitido evitar la matanza.

A partir de ahora deseamos que el drama del 7-J sirva al menos para recordar a los británicos y al resto de Europa que hay límites que no pueden ser traspasados. Frente a las llamadas al yihad y al odio, lo que debe aplicarse es la tolerancia cero. Porque hay palabras que matan. Y después de las palabras llegan siempre los actos.